



Palabras amigas de un estudiante a su maestro

Sergio Quintero Tarazona
Lic. Lengua Castellana
Semestre X – CAT Ibagué

Una casa sin palabras es una casa vacía.
Bartolomeu Campos de Queirós

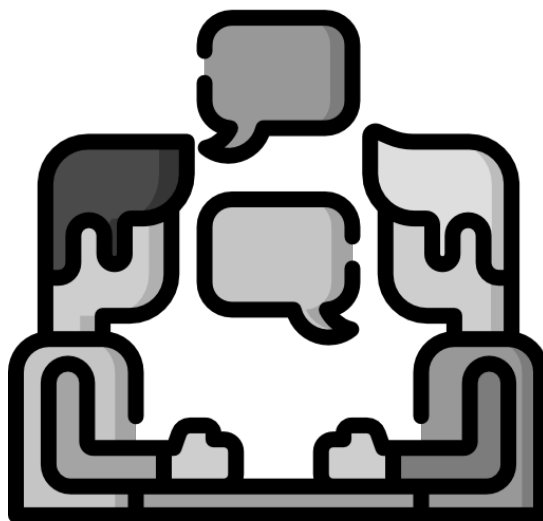
La lectura y la escritura no soportan los imperativos. Hay voces que pregonan la sacralidad de leer y escribir. También circula la idea de que ser letrado es ser una buena persona. Algunos defienden una práctica lectora descualificada: leer lo que sea. Muchos no sienten el deseo de leer porque leer es aburrido.

Busqué por varios días una palabra que pudiera definir mi estado lector. A mis 34 años no he leído la cantidad de libros que quizás otros hayan leído durante el mismo tiempo. A esto, debo sumarle mi incapacidad memorística y sufro mucho cuando necesito una cita textual o al menos una aproximación a la idea de algún autor. Supongo

que por eso rayo los libros. Pero me gustaría poder tener mayor retentiva para sustentar ciertos argumentos de mi discurso. Aunque también supongo que mi discurso está hecho de los cientos de retazos que he coleccionado de mis lecturas y que están ahí a pesar de no poder encontrarlos.

Me incliné por escoger la siguiente palabra: vicio. Tal vez sea una palabra de connotación inmoral. Seguramente muchos dirán que no es la adecuada. Otros pensarán que es ridícula y a la inmensa mayoría no le importará. Escojo la palabra vicio para denominar lo que hago cuando leo. Intentaré recapitular por qué llegué a esta palabra.

Antes de ingresar a la licenciatura, la palabra era la común: leer. ¿Qué hacía yo cuando tenía tiempo libre? Leer. Y lo hacía de manera literaria, superficial. Un pasatiempo. En mis estudios de fotografía y audiovisual, leía los textos académicos y una que otra novela por placer. Pero sin duda, las horas libres las dedicaba a ver cine. Cuando ingresé a la licenciatura, comencé a escuchar otras palabras. Una de las primeras fue experiencia. Vino de España, de la voz de Jorge Larrosa. Esa palabra me dejó boquiabierto. La experiencia no es lo que sucede si no lo que nos sucede. Leer es arriesgarse a que algo suceda y nos transforme, nos deforme, no lleve de un lado a otro con la posibilidad de volver al mismo punto. La adopté y la guardé.



Luego vino Michele Petit. Su manera de entender la lectura como una forma de transmisión cultural no solo para leer el código escrito sino para leer y significar el mundo. Leernos a nosotros mismos y leer a los demás. Levantar la vista del libro y sentir que somos otros. Que algo nuevo está dentro. Se conecta a la palabra de Larrosa y adquiere nuevos matices. Luego vino la palabra, la musicalidad y el gesto de Fernando Bárcena. La importancia de escuchar, del silencio y del vacío; de encontrar en la lectura una respiración, un sentido vital. La palabra de Bárcena: gesto. Un gesto que puede ser de esta época u otra y aun así nos pertenece. Un gesto que educa, que transforma. Un gesto que también me posibilita vivir la experiencia de la lectura el leerme a mí mismo y a los demás. Hasta aquí una tríada maravillosa en mi constructo mental sobre la lectura.

Una avalancha: Nietzsche. Dos palabras: sangre y formación. El filósofo alemán solo consideraba de gran valor a la escritura hecha con sangre. La misma sangre que mana de la lectura de un texto vital. Al tiempo, la formación para Nietzsche es luchar contra el presente, contra el que se es para poder llegar a ser lo que en el fondo de ese ser presente, se es. Al tiempo llegaba la palabra de Estanislao Zuleta. ¿O fue primero la del halagador de la dificultad? Llegaron en presente, el tiempo de ahora y el mismo que será mañana. Zuleta incita a trabajar, al hacer, a leer desde algún lugar a partir de la interpretación de lo leído.

La última palabra podría considerarla una no-palabra. Joan Carles Melich en su Sabiduría de lo

incierto, comienza recordándonos que no sabemos leer. Que quizás pasaremos la vida leyendo sin saber qué es lo que hacemos y, sin embargo, en este no saber, es preciso hallar el sentido mismo de la lectura y por supuesto de la vida.

Con estas palabras llegué al curso de Literatura, Género y Grupos Culturales. En la resonancia de estas ideas, del tiempo de lectura del texto y de lectura al cerrar el libro; con las voces de estos autores y otros que se han quedado conmigo, encontré una posibilidad para darle continuidad a esas palabras. A través de la creación y producción textual, pude secuenciar esas palabras, intentando encontrar alguna forma de contar. ¿Contar o decir qué? Aquello de lo que no podemos desligarnos: la vida. Expresar, decir, mostrar, cantar, gritar la vida. La necesidad de moldear el barro que a la mañana siguiente derretirá el sol. O que el agua convertirá en lodo.

Estas palabras encontraron palabras amigas. Ideas e invitaciones. Lecturas. Sugerencias. Incitación para seguir explorando. Las palabras amigas de un maestro que siendo poeta nos permite ver otras posibilidades. Un maestro que no economiza palabras, que las otorga como el abrigo al caminante desafortunado. Y así, en esa vorágine de palabras, vamos formando, deformando. Construyendo y reconstruyendo. Escribiendo y borrando. Sin darnos cuenta, alimentamos a los seres que nos habitan y que somos, que seremos.

